

## XIII

## ANÉCDOTAS

En cada país existe un ente que reasume una sola individualidad: la tontuna general esparcida en la nación. Milan tiene á Girolamo, Roma á Casandra, Florencia á Sentarelle, Nápoles á monseñor Perelli.

Monseñor Perelli es el depósito de todas las tontunas dichas y hechas en Nápoles durante la última mitad del último siglo. En los cincuenta años que ha vivido monseñor Perelli ha hecho el gasto de gestos, anécdotas y equívocos en la capital de la provincia, y en los cuarenta años siguientes al fallecimiento de monseñor Perelli, no habiéndose encontrado persona digna de reemplazarle, á él es á quien se ha continuado atribuyendo todo lo mejor que se ha dicho en este género.

Monseñor Perelli, como lo indica su título, habia seguido la carrera de la prelación, y conseguido llegar hasta las medias moradas, lo cual es una posición en Italia; luego, como en último resultado era de una probidad reconocida, habia sido nombrado tesorero de San Genaro; empleo que, aparte de sus sandeces, ocupó honradamente toda su vida.

Monseñor Perelli era de buena familia. Así que, como hemos dicho, era perfectamente recibido en la corte; preciso es decir, que á los ojos del rey Fernando, como á los de Luis XIV, si un hombre hubiera podido pasarse sin abuelos, hubiera sido un sacerdote. El papa, soberano temporal de Roma, rey espiritual del mundo, frecuentemente no ha sido mas que un pobre fraile. Pero aquí no se trataba de eso. Monseñor Perelli era noble, y el rey Nasone ni siquiera habia tenido que tomarse el trabajo de vencer con respecto á él las repugnancias que hemos referido con el pobre marqués de Soval.

Ademas, S. M. napolitana, espiritual y burlona, por naturaleza, habia conocido al primer golpe de vista el partido que podia sacar de un hombre como monseñor Perelli. Como el *Charivari*, que todas las mañanas da cuenta de un nuevo dicho célebre del caballero Dupin, y de una nueva y aguda respuesta del caballero Sauzet, el rey Fernando preguntaba todas las mañanas al levantarse: — ¡Y bien! ¿qué ha dicho ayer monseñor Perelli? Entonces, segun que la anécdota de la víspera era mas ó menos graciosa, permanecía el rey el resto del día mas ó menos alegre. Uná relacion chistosa referente á monseñor Perelli era la mejor recomendacion presentada al rey Fernando.

Solo una vez le sucedió á monseñor Perelli encontrar otro mas estúpido que él: era un soldado suizo. El rey Fernando le hizo cabo; entiéndase bien, al soldado.

Habia dado el arzobispo orden de que no se dejara entrar en las iglesias mas que á los eclesiásticos que fueran

de manteos, y se habian colocado centinelas en las puertas de trescientos templos de Nápoles, con orden de hacer observar aquella consigna. Precisamente la mañana misma del día en que se habia tomado aquella medida, monseñor Perelli salia del baño de paisano, sin llevar mas que el alza-cuello que le distinguiese de los legos; sea que ignorase la orden dada, sea que se creyese exceptuado de la regla general, se presentó con la confianza que le era natural á la puerta de la iglesia del Carmine.

El centinela atravesó en ella su fusil.

— ¿Qué quiere decir esto? preguntó monseñor Perelli.

— No podeis entrar, respondió el centinela.

— ¿Y por qué no puedo entrar?

— Porque no teneis manteo.

— ¡Cómo! exclamó monseñor Perelli, ¡cómo! ¿no tengo manteo! ¿qué decís? tengo cuatro en mi casa, y dos completamente nuevos.

— Entonces es otra cosa, respondió el suizo; pasad.

Y monseñor Perelli pasó á pesar de la orden.

Monseñor Perelli obtuvo un día otro triunfo que no hizo menos ruido que este. Con una sola palabra ilustró un punto difícil de historia natural que habia permanecido oscuro desde las primeras edades.

Celebrábase una reunion de sabios en los Studi, y se discutia bajo la presidencia del marqués de Ardití, acerca de las causas de la salubridad del mar. Habia cada uno espuesto su opinion mas ó menos probable, pero ninguna tenia bastante lucidez para que fuese adoptada por la mayoría, cuando monseñor Perelli, que asistia como oyente á aquella interesante sesion, se levantó y pidió la palabra. Fuéle concedida al punto sin dificultad.

— Perdonad, señores, dijo entonces monseñor Perelli, mas me parece que os alejais de la verdadera causa de ese

fenómeno, la cual, á mi parecer es patente. ¿Os dignais permitirme aventurar una opinion?

— Decid, monseñor, decid, gritaron de todas partes.

— Señores, continuó monseñor Perelli, una pregunta tan sola.

— Hablad.

— ¿De donde se sacan los arenques salados?

— Del mar.

— ¿No se dice en historia natural que ese cetáceo se encuentra en los mares y casi siempre en bandadas numerosas?

— Es verdad.

— Pues bien, añadió monseñor Perelli satisfecho con la aprobacion general, ¿qué necesidad teneis de ir mas lejos?

— Justamente, dijo el marqués de Ardití. Ninguno de nosotros habia pensado en ello: los arenques salados son los que salan el mar.

Y aquella luminosa revelacion se inscribió en los registros de la Academia, donde todavia, puede verse hoy, por mas que acaso haya sido yo el primero que la ha comunicado al mundo científico.

El rey Fernando, en el bautizo de su hijo primogénito, hizo un regalo de mas ó menos valor á cada uno de los asistentes á la santa ceremonia. A monseñor Perelli le tocó en aquella distribucion general una caja de oro para tabaco con la cifra del rey hecha de diamantes.

Compréndese que semejante prueba de la magnífica amistad de un rey, debía ser sumamente apreciada de monseñor Perelli. Así que la dichosa caja era el objeto de su continua preocupacion. Siempre estaba persiguiéndola de los bolsillos de su chaleco á los de su manteo, y de los de su manteo á los de su chaleco. Un matemático ilustrado calculó, procediendo de lo conocido á lo desconocido, que monseñor Perelli gastaba entre el día y la noche cuatro

horas, treinta y cinco minutos y veinte y tres segundos en buscar aquella preciosa alhaja; ahora bien; como durante las cuatro horas, treinta y cinco minutos y veinte y tres segundos que empleaba entre el día y la noche en aquella pesquisa, monseñor, como él mismo decía, no vivía, eran otros tantos segundos, minutos y horas que había que restar de su existencia. Resultaba de aquí, hecha la cuenta, que monseñor Perelli hubiera vivido diez años mas si el rey Fernando no le hubiese dado una caja de tabaco.

Una noche que monseñor Perelli había ido á hacer la partida de reversino á casa del príncipe de C\*\*\*, y que según su costumbre, había empleado el digno prelado gran parte del tiempo en molestarse por su caja de tabaco, sucedió que al entrar de vuelta en su casa y registrando sus bolsillos, vió monseñor que la alhaja había desaparecido realmente aquella vez. La primera idea de monseñor Perelli fué que la caja se le había quedado en el carruage. Llamó, pues, á su cochero, le mandó registrase las bolsas del coche, levantase los almohadones, sacudiera la alfombra, en fin, que hiciera las mas minuciosas pesquisas. Obedeció el cochero; pero cinco minutos despues volvió á dar la desconsoladora noticia de que la caja no estaba en el carruage.

Calculó entonces monseñor Perelli que habiendo llegado sin echar los cristales del coche, y habiendo sacado muchas veces las manos por las portezuelas, acaso en un momento de distraccion podia haber dejado caer su caja, en cuyo caso debia encontrarse en el camino que había seguido monseñor Perelli para volver á su casa desde el palacio del príncipe de C\*\*\*. Felizmente eran las dos de la madrugada, y era por tanto probable que la joya perdida no hubiese sido todavía hallada por nadie. Mandó monseñor Perelli á su cochero y á su cocinera, únicos que componian su familia, cogiese cada uno una linterna

y fueran viendo en las calles intermedias piedra por piedra.

Los dos domésticos volvieron desesperados: no habían hallado ni vestigios de caja.

Decidióse entonces monseñor Perelli, á pesar de ser las tres de la madrugada, á escribir al príncipe de C\*\*\* para que mandase inmediatamente buscar por todo su palacio la alhaja cuya falta causaba al digno prelado tan graves inquietudes. La carta era apremiante y tal como pudiera redactarla un hombre bajo la impresion del mas vivo sobresalto. Monseñor Perelli se escusaba con el príncipe de despertarle á semejante hora, pero le suplicaba se pusiera por un momento en su lugar y le perdonase el trastorno que le causaba.

Ya estaba la carta escrita, firmada, y nada le faltaba mas que cerrarla, cuando al levantarse para ir á buscar su sello, sintió monseñor Perelli una cosa de peso que le daba en el mulso. Y como el docto prelado sabia que no hay en este mundo efecto sin causa, quiso remontarse á la causa del efecto, y llevó la mano al bolsillo del faldon de su casaca: era la famosa caja, que habiendo roto el bolsillo por su peso, se metió en el forro, y daba señal de su existencia sacudiendo el muslo de su propietario.

La alegría de monseñor Perelli fué grande. Sin embargo, preciso es decirlo, si su primer pensamiento le había dedicado á sí mismo, el segundo fué para su prójimo: se estremeció á la idea de la alarma que su carta hubiera podido causar á su amigo el príncipe de C\*\*\*, y para atenuar el efecto de ella, escribió debajo el siguiente *post scriptum*:

« Mi querido príncipe: vuelvo á abrir mi carta para decirlos que no os tomeis la molestia de mandar buscar mi caja. Acabo de encontrarla en el bolsillo del faldon de mi casaca. »

En seguida entregó la epistola á su cocnero, mandándole la llevase en el mismo instante al príncipe de C\*\*\*, á quien sus criados despertaron á las cuatro de la madrugada para entregarle de parte de monseñor Perelli el mensaje en que le participaba había perdido y vuelto á encontrar su caja.

No obstante, monseñor Perelli llevaba una ventaja á muchas gentes que conozco; era un tonto y no un necio; tenia cierta conciencia de su debilidad de imaginacion, por lo que siempre estaba deseando instruirse. Habiendo oído decir una noche al conde de..... que á la hora del *Ave Maria* era dañoso permanecer á la intemperie porque en aquella hora caia el crepúsculo, la observacion higiénica se le quedó fija en el cerebro y le preocupó extraordinariamente. Monseñor Perelli jamás habia visto caer el crepúsculo, é ignoraba completamente qué especie de cosa era.

Por espacio de muchos dias tuvo tentaciones de preguntar á sus amigos algunas noticias sobre el objeto en cuestion; pero el pobre prelado estaba tan acostumbrado á las burlas que casi siempre provocaban sus preguntas y respuestas, que cuando la curiosidad le abria la boca, el temor se la cerraba. Al fin un dia que su cochero le servia á la mesa.

— Gaetan, amigo mio, le dijo, ¿has visto tú caer alguna vez el crepúsculo?

— ¡Oh! sí, monseñor, respondió el pobre diablo, á quien como se comprende, en veinte y cinco años que llevaba de cochero no le habria faltado semejante manda: ciertamente que lo he visto.

— ¿Y por dónde cae?

— Por todas partes, monseñor.

— ¿Pero mas particularmente?

— ¡Toma! orilla del mar.

El prelado no respondió, pero quiso aprovecharse de la

noticia, y antes de echarse la siesta mandó que los caballos estuviesen enganchados á las seis en punto.

A la hora prevenida, fué Gaetan á prevenir á su señor que el carruage estaba dispuesto. Monseñor Perelli bajó de cuatro en cuatro los escalones, tanto escitaba su curiosidad la cosa desconocida que iba á ver, entró en su carruage, se acomodó en él á satisfaccion y dió orden de ir á estacionarse al extremo de la Villa Real entre el Boscheto y la Mergellina.

Permaneció monseñor Perelli en el sitio indicado desde las siete hasta las nueve, haciéndose todo ojos por ver caer aquel crepúsculo tan deseado; pero nada vió mas que la noche que avanzaba con esa rapidez peculiar de los climas meridionales. A las nueve era ya tan cerrada que monseñor Perelli perdió completamente la esperanza de ver caer nada aquella noche. Por otra parte la hora indicada hacia largo tiempo que habia pasado. Volvióse, pues, muy triste á casa; pero se consoló pensando que probablemente seria mas feliz al dia siguiente.

Llegado este, á la misma hora, la misma espera y el mismo desengaño; pero monseñor Perelli tenia entre otras virtudes cristianas una paciencia desarrollada en alto grado; esperaba, pues, que su curiosidad burlada ya dos veces se veria al fin satisfecha á la tercera.

Gaetan sin embargo, no comprendia absolutamente el nuevo capricho de su señor, quien en lugar de pasar la noche, como tenia costumbre de hacerlo, en casa del príncipe de C\*\*\* ó en la del duque de N\*\*\*, iba á situarse orilla del mar, y sacando la cabeza por la portezuela permanecia en aquella postura, prestando atencion como si hubiese estado en su palco de San Carlos un dia de gran gala; por otra parte, Gaetan no era ya un jóven y temia afectase su salud la humedad de la noche de que no tenia nada que le librase sentado en el pescante. Al tercer dia resolvió aclarar la causa de aquellas paradas desacostum-

bradas. En consecuencia, en el momento en que empezaba á sonar el toque del *Ave Maria*:

— Perdonad, excelencia, dijo, inclinándose de modo que pudiera dialogar mas fácilmente con monseñor Perelli, quien se mantenía á la portezuela con los ojos sumamente abiertos; ¿ se puede sin indiscrecion preguntar á su excelencia qué espera en esa postura?

— Amigo mio, contestó el prelado, espero á que el crepúsculo caiga; ayer y antes de ayer esperé inútilmente: no lo he visto á pesar de la grande atencion que he fijado en ello; pero hoy espero ser mas feliz.

— ¡Diantre! dijo Gaetan, pues sin embargo ha caído, y muy bien que ha caído, excelencia, ¡puedo asegurároslo!

— ¡Cómo! ¿pues qué, lo has visto tú?

— ¡No solo lo he visto, sino que lo he sentido!

— ¿Pues qué tambien se siente?

— ¡Ya lo creo que se siente!

— Es singular, yo ni lo he visto ni lo he sentido.

— Mirad, en este mismo momento.....

— ¿Qué?

— ¡Qué! ¿no lo veis, excelencia?

— No.

— ¿Quereis sentirlo?

— No te negaré que seria muy de mi agrado.

— Entonces, volved á meter la cabeza completamente dentro del carruage.

— Héme ya dentro.

— Ahora sacad la mano fuera de la portezuela.

— Ya estoy.

— Mas alto. Aun mas. Asi, está bien.

Gaetan cogió su látigo y descargó un golpe terrible en la mano de monseñor Perelli.

El digno prelado exhaló un grito de dolor.

— ¡Qué tal! ¿lo habeis sentido? preguntó Gaetan.

— Sí, sí, perfectamente, respondió monseñor Perelli. Perfectamente; estoy contento, muy contento. Volvámonos á casa.

— Sin embargo, excelencia, si no estuviéseis satisfecho, añadió Gaetan, podríamos volver todavía mañana.

— No amigo mio, no, es inútil; lo estoy bastante. Gracias.

Monseñor llevó ocho dias su mano en cabestrillo, refiriendo á todo el mundo su aventura, y asegurando que á pesar de las primeras dudas que se ofrecieron, era al fin de la opinion del conde de M\*\*\*, que habia dicho no era sano permanecer fuera de casa mientras caía el crepúsculo, añadiendo que si le hubiese caído el crepúsculo en la cara como le hubiera caído en la mano, á no dudarlo hubiese quedado desfigurado el resto de su vida.

A pesar de su fabulosa tontería, y acaso precisamente por ella, tenia monseñor Perelli el alma mas evangélica. que es imposible encontrar. Todo dolor lo veía compasivo, toda súplica, le encontraba accesible. Lo que temia especialmente era el escándalo; el escándalo, segun él habia perdido mas almas que el pecado mismo. Asi que hacia todos los esfuerzos imaginables por evitar el escándalo Y no por él; á Dios gracias, monseñor Perelli era un hombre de costumbres, no solo puras, sino aun austeras. Desgraciadamente el buen ejemplo no es el que se sigue con mas celo. Monseñor Perelli tenia en su misma vecindad una jóven, y en la casa frente á la suya un jóven que daban mucho que hablar á todo el barrio. Hacíanse durante el dia de uno á otro balcon las mas tiernas demostraciones, tanto que muchas veces las almas caritativas de la misma calle en que habitaba monseñor Perelli fueron á advertirle las distracciones mundanas que ocasionaban á los que tenian un carácter reservado, aquel eterno cambio de amorosas señas.

Monseñor Perelli comenzó por suplicar á Dios hiciese

que cesase el escándalo; pero á pesar del ardor de sus súplicas, lejos de cesar el escándalo, iba siempre en aumento. Informóse entonces de los motivos que obligaban á los dos jóvenes á pasar en aquel ejercicio telegráfico un tiempo que podían emplear infinitamente mejor alabando al Señor, y supo que los culpables eran dos enamorados á quienes sus padres se negaban á enlazar bajo el pretexto de la desproporcion de fortuna. Desde entonces al sentimiento de desaprobacion que le inspiraba su conducta se mezcló cierta dosis de piedad á que le inducia su desventura; fué á verlos uno despues de otro para consolarlos, pero los pobres jóvenes estaban inconsolables; quiso le prometiesen resignarse con su suerte como debian hacer los cristianos dóciles y respetuosos hijos; pero declararon que el género de correspondencia que habian adoptado era el único que les quedaba despues de la cruel separacion, y que no renunciarían á él por nada de este mundo, aunque diesen que hablar á toda la ciudad de Nápoles. Monseñor Perelli rogó, suplicó, amenazó, mas los encontró irreducibles en su obstinacion. Entonces, viendo que si no se mezclaba mas eficazmente, continuarian siendo para su prójimo los dos desgraciados pecadores, una piedra de escándalo, les ofreció el digno prelado, puesto que no podian verse en sus casas para decirse, lejos de todas las miradas, lo que se veian obligados á decir así, *coram populo*, que se vieran en su casa una ó dos horas todos los dias, á condicion de que las puertas y balcones de la habitacion donde estuviesen se mantendrian cerrados, que nadie sabria sus citas, y que renunciarían completamente á aquella desgraciada correspondencia por señas que hacia murmurar á todo el barrio. Los jóvenes aceptaron con reconocimiento aquella evangélica proposicion, juraron todo lo que monseñor Perelli quiso que jurasen, y con grande edificacion del barrio, desde aquel dia, pareció que habian renunciado á su fatal empeño.

Pasáronse algunos meses, durante los que monseñor Perelli se felicitaba cada dia mas por el espediente ingenioso que habia ideado con respecto á los dos amantes, cuando una mañana, en el momento que daba gracias á Dios por haberle inspirado tan feliz idea, los padres de la joven se presentaron en casa de monseñor Perelli para pedirle cuenta de su escesiva caridad cristiana. Unicamente entonces comprendió monseñor Perelli toda la importancia del papel que habia representado en aquel negocio. Pero como monseñor Perelli era rico, como monseñor Perelli era la bondad personificada, como todo podía arreglarse en último resultado con una tontería de dos ó tres mil ducados, monseñor Perelli dotó á la joven pecadora con gran satisfaccion del padre del joven, de parte de quien provenia todo el impedimento, y que desde entonces ya no vió ningun inconveniente en recibirla en su familia. La cosa, gracias á monseñor Perelli, concluyó, pues, como un cuento de hadas: los dos amantes se casaron, fueron constantemente dichosos, y obtuvieron de cielo muchos hijos.

Aun pudiera referir una historia, que hoy todavía ahuyenta la melancolia de los napolitanos; pero el carácter de las naciones es cosa tan diferente, que nunca se puede asegurar que lo que hace reir á una, no haga enfurecer á la otra. Conducid á Falstaff á Nápoles y nadie le comprenderá; trasplantad al polichinela á Londres. y se morirá de spleen.

Y ademas, tenemos nosotros un desventurado idioma moderno tan impertinente, que enrojece por todo, aun de su buen abuelo el lenguaje de Moliere y de Saint-Simon, al que desearia sin embargo se pareciese. Resulta de aquí que, bien pesado todo, no me atrevo á referiros la historia de monseñor Perelli, la que hizo reir tanto al buen rey Nasone, quien de seguro tenia por lo menos tanto ingenio como vosotros y yo podamos tener separadamente ó uni-

dos. Y sin embargo, se la había referido cierto día en que se necesitaba nada menos que semejante historia para desarrugar la frente de S. M. Se acababa de saber en Nápoles una nueva fechoría de los Vardarelli.

Como estos honrados bandidos me ofrecen ocasión de hacer conocer el pueblo napolitano bajo un nuevo aspecto, y no debe despreciarse en un cuadro ninguno de los detalles que puedan aumentar la verdad ó el efecto, digamos lo que eran los Vardarelli.

## XIV

## LOS VARDARELLI

Es el pueblo por lo general, en manos de los reyes, lo que un cuchillo muy afilado en las manos de los niños: es raro que se sirvan de ellos sin herirse. La reina Lucía de Prusia, organizó las sociedades secretas: las sociedades secretas produjeron á Sand. La reina Carolina protegió el carbonarismo: el carbonarismo trajo la revolución de 1820.

En el número de los primeros carbonari admitidos se hallaba un calabrés llamado Gaëtano Vardarelli. Era uno de esos hombres que cantó Homero con todas las cualidades de la naturaleza primitiva, musculatura de león, piernas de gamo, vista de águila. Primero había servido á Murat, porque Murat, para el proyecto que por un instan-

te concibió de hacerse rey de toda la Italia, había calculado que el carbonarismo sería para él una poderosa palanca; pero conociendo muy pronto que se necesitaba otro brazo y otro génio que el suyo para dar direccion á semejante motor, Murat, de protector que era de los carbonari, se hizo al momento su perseguidor. Entonces Gaëtano Vardarelli desertó y se retiró á la Calabria, á lo mas recóndito de sus entrañas maternas, donde creía que ningun poder humano se atreveria á perseguirle.

Vardarelli se engañaba: tenia á la sazou Murat entre sus generales un hombre de una bravura inaudita, de una perseverancia estóica, de una inflexibilidad suprema; un hombre como esos que Dios envia para destruir las cosas ó ensalzarlas: este hombre era el general Manhes.

Recorred la Calabria desde Reggio á Pestum: cualquier individuo que posea un palmo de terreno y un peso duro os dirá que el pacífico goce de ese palmo de terreno y ese peso duro, lo debe al general Manhes. En cambio, el que nada posee, ó desea poseer lo de otros, mira al general Manhes con ódio.

Vióse, pues, Vardarelli obligado como los demás á encontrarse bajo la mano de hierro del terrible procónsul. Ojeado de valle en valle, de bosque en bosque, de montaña en montaña, retrocedió palmo á palmo, pero al fin retrocedió; hasta que un dia, acorralado en Scylla, se vió obligado á atravesar el estrecho é ir á ponerse al servicio del rey Fernando.

Vardarelli tenia veinte y seis años; era corpulento, robusto, valiente. Comprendióse al punto que no era de despreciar semejante hombre, y se le hizo sargento de la guardia siciliana. Con este grado y esta posicion volvió á entrar Vardarelli en Nápoles en 1815 acompañando al rey Fernando.

Pero era una posicion muy secundaria la de sargento para un hombre del carácter de Gaëtano Vardarelli. Toda

su esperanza, continuando la carrera militar, era de llegar al grado de subteniente; y ese porvenir no le hubiera aceptado el ambicioso jóven, ni aun como su único recurso.

Despues de haber titubeado algun tiempo, hizo lo que ya había hecho antes; desertó del servicio del rey Fernando, como había desertado del rey Joaquin, y la segunda como la primera vez, huyó á la Calabria, sintiendo como antes acrecerse sus fuerzas cada vez que tocaba á su madre.

Una vez allí, hizo un antiguo llamamiento á sus antiguos camaradas. Dos hermanos suyos, y unos treinta bandidos errantes y dispersos respondieron á él. La pequeña partida reunida eligió á Gaëtano Vardarelli por su jefe, comprometiéndose á obedecerle pasivamente, y reconociéndole sobre todos el derecho de vida y muerte. De esclavo que era en la ciudad Vardarelli se encontró rey en la montaña, y rey tanto mas terrible cuanto que el terrible general Manhes no estaba ya allí para destronarle.

Vardarelli procedió segun sus antiguas mañas, debido á las que han hecho siempre los bandidos tan buenos negocios en Calabria y en la ópera cómica; es decir, se proclamó el gran regularizador de las cosas de este mundo, y uniendo el hecho á las palabras, comenzó la nivelacion social, que era su sueño, completando lo necesario para los pobres con lo supérfluo que despojaba á los ricos. Aunque este sistema sea muy conocido, preciso es decir que jamás se gasta: resultó, pues, que al nombre de Vardarelli, se unió una popularidad y un terror, gracias á lo que no tardó en ser conocido del mismo rey Fernando.

Este, que acababa de haber sido reintegrado en su trono, creía naturalmente que el mundo no podia estar mejor organizado, y miraba bastante mal á todo reformador que



intentase tallar en el globo una nueva faceta; en consecuencia de esta opinion muy antigua en él, le pareció simplemente Vardarelli un bandido, á quien era preciso ahorcar, y á quien mandó ahorcasen.

Pero para ahorcar á un hombre, son necesarias tres cosas: una cuerda, una horca y un ahorcado. En cuanto á verdugo, inútil es inquietarse por ello, porque se encuentra siempre y en todas partes.

Los agentes del rey tenian la cuerda y la horca, y estaban casi seguros de encontrar el verdugo; pero les faltaba lo principal: el hombre á quien debian ahorcar.

Pusiéronse á perseguir á Vardarelli; pero como sabia este perfectamente el objeto filantrópico para que se le buscaba, tuvo buen cuidado de no dejarse coger. Además, como habia adquirido su instruccion en tiempo del general Manhes, era un mocito que conocia perfectamente su juego para no ser visto. Dió, pues, mucho que hacer á las tropas napolitanas, no hallándose jamás donde esperaban encontrarle, presentándose en todas partes donde no se le esperaba, escapándose como vapor, y volviendo como una tormenta.

Nada proporciona tan buenos resultados, como un éxito feliz. El triunfo es el iman moral que todo lo atrae. La compañía de Vardarelli, que al principio no contaba mas que veinte y cinco ó treinta personas, no tardó mucho en duplicarse. Vardarelli llegó á ser una potencia.

Fué esta una razon mas para desbaratarle: hicieronse contra él planes de campaña, se duplicaron las tropas enviadas en su persecucion, pusieron un precio á su cabeza: todo fué inútil; tanto hubiera valido incluir en el edicto de proscripcion al águila y al gamo, sus compañeros de independenciam y libertad.

A pesar de eso, cada dia se oia referir una nueva proeza que demostraba mayor astucia en el fugitivo ó un exceso de audacia. Llegaba á dos ó tres leguas de Nápoles, como

para mofarse del gobierno. En una ocasion organizó una caceria en el bosque de Persano como hubiera podido hacerlo el mismo rey, y como era este excelente tirador, preguntó despues á los guardas, á quienes habia obligado á seguirle y auxiliarle, si habian visto á su augusto amo disparar mejores tiros que él.

Otra vez eran los que cazaban el principe de Lesorano, el coronel Calcedonio Casella, y el mayor del Ponte, con otros diez oficiales y unos veinte lanceros, en un bosque á pocas leguas de Bari, cuando de repente resonó el grito de: ¡Vardarelli, Vardarelli! Al punto huyeron todos precipitadamente, y en la direccion en que se encontraban. Bueno fué para los cazadores huir de aquel modo, porque de otro hubiesen sido cogidos todos, al paso que gracias á la velocidad de sus caballos, habituados á correr los ciervos, uno solo cayó entre las manos de los bandidos.

Fué este el mayor del Ponte: los bandidos estaban de desgracia; habian hecho prisionero á uno de los mas bravos, pero tambien de los oficiales mas pobres del ejército napolitano. Cuando Vardarelli pidió al mayor del Ponte mil ducados de rescate para indemnizarse de los gastos de la espedicion, el mayor del Ponte le contestó diciendo que le desafiaba á hacerle pagar un maravedi. Vardarelli amenazó á del Ponte con hacerle fusilar si no entregaba la cantidad en la época que fijó. Pero del Ponte le respondió que era tiempo perdido todo el que se esperase, y que si queria seguir su consejo le mandara fusilar en el acto. Vardarelli tuvo un instante intencion de hacerlo; pero pensó que si del Ponte regateaba su vida, Fernando debia tener con mas razon interés en conservarla. En efecto, apenas supo el rey que el bravo mayor habia caido en manos de los bandidos, mandó pagar su rescate con su propio peculio.

En consecuencia anunció Vardarelli un dia al mayor del

Ponte, que habiendo sido abonado exacta y religiosamente su rescate, estaba en completa libertad para abandonar la compañía y dirigirse al sitio de la tierra que fuese mas de su agrado. No comprendía el mayor del Ponte cuál pudiese ser la mano generosa que le libertaba; mas como cualquiera que fuese, estaba muy dispuesto á aprovecharse de su liberalidad, pidió su caballo y su sable, que le fueron entregados, montó con completa calma, y se alejó al paso silbando una cancion de caza, sin dejar que su caballo avivase el paso; hasta tal punto queria evitar se pudiera suponer que tuviera miedo. Pero el rey, aunque se habia mostrado espléndido con el mayor, no dejó por eso de jurar el estermio de los bandidos que le habian obligado á tratar con ellos de potencia á potencia. Un coronel, no sé quien fué, que le habia oido el juramento, hizo á su vez el suyo de traer á Vardarelli y á sus dos hermanos y á los setenta hombres que componian su compañía, atados de piés y manos á los calabozos de la Vicaria, si se le queria entregar un batallon. El ofrecimiento era demasiado seductor para que no se aceptase; el ministro de la guerra puso quinientos hombres á disposicion del coronel, y el coronel y su destacamento se lanzaron á la persecucion de Vardarelli y sus camaradas.

Vardarelli contaba con espías demasiado adictos para no ser prevenido á tiempo de la expedicion que se organizaba. Hay mas todavia: al saber aquella noticia, tambien él habia hecho un juramento: el de quitar la gana para siempre al coronel que tan aventuradamente se habia dedicado á perseguirle, de un segundo arranque patriótico de la especie del primero.

Comenzó, pues, á hacer correr al pobre coronel por montes y valles, hasta que él y su tropa estuviesen cansados; despues, cuando los vió ya en la disposicion que deseaba, hizo que les diesen un dia á las dos de la madru-

gada un falso aviso; el coronel tomó la noticia como oro en barra, y partió al instante mismo á fin de sorprender á Vardarelli, que le habian asegurado que estaba con su compañía en una pequeña aldea situada á la estremidad de una garganta tan estrecha, que apenas podian pasar por ella cuatro hombres de frente. Algunas almas caritativas que conocian las localidades, hicieron oficiosamente al bravo coronel algunas observaciones; pero tan exasperado estaba, que no quiso oir nada, y partió diez minutos despues de haber recibido el aviso.

Con tal diligencia caminó el coronel, que se tragó cerca de cuatro leguas en dos horas, de modo que al amanecer se encontró á la entrada del desfiladero al otro lado del que debia sorprender á los bandidos. Cuando llegó allá le pareció el sitio tan sumamente propicio á una emboscada, que envió veinte hombres á que explorasen el camino, y mientras tanto hizo alto con el resto de su batallon; mas al cabo de un cuarto de hora volvieron los veinte hombres anunciando que no habian encontrado alma viviente.

Ya no vaciló, pues, el coronel, y se internó en el desfiladero con sus quinientos hombres; pero en el sitio en que se prolongaba la garganta, semejante á una especie de embudo entre dos peñascos, se oyó el grito de ¡Vardarelli, Vardarelli! como si cayera de las nubes, y levantando la cabeza, el pobre coronel vió las cimas de las rocas pobladas de bandidos que tenian á tiro á él y á su gente: mandó, sin embargo, se formasen en peloton; pero Vardarelli gritó con voz terrible: « Abajo las armas ó sois muertos. » En el mismo instante repitieron los bandidos la voz de su jefe, y el eco repitió el grito de los bandidos; de suerte que los soldados, que no habian hecho el mismo juramento que su coronel, y que se veian rodeados por un número tres veces mayor que el suyo, gritaron á pórfia

que se rendían, á pesar de las exhortaciones, súplicas y amenazas de su desventurado jefe.

Al punto Vardarelli, sin abandonar su posición, mandó á los soldados pusiesen los fusiles en pabellon, orden que ejecutaron en el instante mismo: en seguida mandó se separasen en dos filas y se colocasen en un sitio indicado; nueva orden que obedecieron con la misma puntualidad con que habian hecho la primera maniobra. En fin, dejando á unos veinte bandidos emboscados, bajo con el resto de sus hombres, y mandándoles colocarse en círculo alrededor de los pabellones, les hizo que pusieran las armas de sus enemigos momentáneamente fuera de estado de hacerles daño, por el mismo medio que habia empleado Gulliver para apagar el incendio del palacio de Lilliput.

La noticia de este acontecimiento era la que habia puesto al rey de tan mal humor, que se necesitaba nada menos que la nueva anécdota de que monseñor Perelli era el héroe, para hacérselo olvidar.

Compréndese que este nuevo chasco no volveria á don Gaetano á la gracia de su gobierno. Diéronse las órdenes mas severas con respecto á él; mas no obstante, desde el dia siguiente, el rey, que era de carácter sumamente alegre para guardar rencor á Vardarelli por tan buen golpe, referia riendo á todo su sabor la aventura á quien queria oír, de modo que como siempre hay numeroso auditorio para oír las aventuras que tienen gusto en narrar los reyes, no se atrevió el pobre coronel en tres años á poner el pié en la capital.

Pero el general que mandaba en Calabria tomó el asunto de un modo mucho mas serio que el rey. Juró que cualquiera que fuese el medio que debiera emplear, esterminaria desde el primero hasta el último de los Vardarelli. Empezó por perseguirlos sin descanso; pero como es de imaginar, aquella persecucion no fué mas que un juego

para los bandidos. Viendo lo cual, el general propuso á su gefe un tratado por el que él y los suyos entrarían al servicio del gobierno. Sea que las condiciones fuesen muy ventajosas para ser rehusadas, sea que Gaetano se cansase de aquella vida sin fin y de eterno vagar, aceptó las proposiciones que se le hacían, y el tratado se redactó en estos términos:

« En el nombre de la Santísima Trinidad.

» Art. 1.º Se concede perdón y olvido de sus desmanes á los Vardarelli y sus compañeros.

» Art. 2.º La compañía de los Vardarelli se transformará en compañía de gendarmes.

» Art. 3.º El sueldo del gefe Gaetano Vardarelli será de noventa ducados mensuales; el de cada uno de sus tres tenientes de cuarenta y cinco ducados, y el de cada hombre de la compañía de treinta. Estos sueldos se pagarán á principio de cada mes por adelantado 1.

» Art. 4.º La susodicha compañía jurará fidelidad al rey en manos del comisario del rey; obedecerá á los generales que mandan en las provincias, y será destinada á perseguir á los malhechores en la parte del reino donde se les envíe.

» Nápoles, 6 de Julio de 1817. »

Estas condiciones fueron puestas en ejecución inmediatamente por una y otra parte; los Vardarelli cambiaron de nombre y de uniforme, percibieron de antemano, como estaba convenido, el primer mes de sus asignaciones, en cambio de lo que se dedicaron á la persecucion de los bandidos que asolaban la Capitanata, no dejándoles sosiego

(1) Estas asignaciones correspondían á los sueldos de coroneles de capitanes y de tenientes.

ni descanso, concedores como eran de todas las mañanas del oficio; de tal modo, que al cabo de algun tiempo se podía ir de Nápoles á Reggio con la bolsa en la mano.

Pero no era este precisamente el objeto que se habia propuesto el general; habia contra los Vardarelli, á causa de lo acaecido con el coronel, una antigua prevencion que vino á aumentar la prontitud con que los nuevos gendarmes acababan de ejecutar, y solo en número de cincuenta ó sesenta, cosas que antes de ellos compañías, batallones, regimientos y aun cuerpos de ejército habian emprendido en vano. Resolvióse, pues, que ya que los Vardarelli habian desembarazado la Capitanata y las Calabrias de los salteadores que las infestaban, el deshacerse de todos ellos.

Pero era esto mas fácil de emprender que de ejecutar, y probablemente unidas todas las tropas que el general tenia á sus órdenes, no hubiesen podido conseguirlo, si los bandidos convertidos en gendarmes hubiesen tenido la menor sospecha de lo que contra ellos se tramaba. Pero á falta de sospechas positivas, estaban dotados de un instinto de desconfianza, que no les permitia dar la menor ocasion á sus enemigos, y se pasó mas de un año sin que encontrase el general el medio de poner en ejecucion su esterminador proyecto.

Pero el general encontró aliados en los antiguos amigos de los ex-bandidos. Un hombre de Porto-Canone, cuya hermana habia sido robada por Gaëtano Vardarelli, fué á ver al general y le refirió los motivos de ódio que tenia contra los Vardarelli, y le ofreció librarle al menos de Gaëtano Vardarelli, y de sus hermanos. Estaba la oferta muy en consonancia con los deseos del general para que vacilase un momento en aceptarla. Prometió al que acababa de hacerle la proposicion una considerable suma de dinero; pero este, aceptando para sus compañeros, rehusó para sí, diciendo que era sangre y no oro lo que necesita-

ba; que en cuanto á los compañeros con quienes pensaba asociarse en aquella expedicion, se informaria de lo que pedian por auxiliarle, y daria cuenta de sus exigencias al general, el cual trataria directamente con ellos.

¿Cuáles fueron esas exigencias? Ningun historiador lo ha dicho. Lo que se dió y lo que se recibió se ignora. Lo que se sabe únicamente es, los hechos que resultaron á consecuencia de aquel contrato.

Un dia los Vardarelli, creyéndose entre amigos, descansaban llenos de confianza y de descuido en la plaza de una aldea de la Pulla, llamada Uriri. De repente, y sin que nada hubiese podido presagiar semejante agresion, una docena de disparos partieron de una de las casas situadas en la plaza, y de aquella descarga cayeron muertos Gaëtano Vardarelli, sus dos hermanos y seis bandidos. Inmediatamente los demás, ignorando el número de enemigos con quienes tenian que habérselas y sospechando que se veian envueltos en una vasta traicion, saltaron en sus caballos, de los que jamás se separaban, y desaparecieron en un instante como una bandada de pájaros asustados.

Inmediatamente despues de desocupada la plaza, y cuando no habia en ella mas que los muertos, el hombre que habia ido á ver al general salió de la primera casa de donde habia hecho fuego, se adelantó hácia Gaëtano Vardarelli, y mientras sus compañeros despojaban á los demás cadáveres apoderándose de sus armas y su cinto, él se contentó con empapar sus dos manos en la sangre de su enemigo, y despues de haberse embadurnado el rostro con ella:

— He aquí la mancha lavada, dijo: y se retiró sin tomar nada del botin comun, sin aceptar lo mas mínimo de la recompensa prometida.

Sin embargo, nó era esto aun bastante: verdad es que habian sido muertos Gaëtano Vardarelli, sus dos herma-

nos y seis de sus compañeros; pero vivían aun otros cuarenta, que volviendo á su antiguo oficio, y eligiendo nuevos gefes, podían dar mucho que hacer á su escelencia el general de la provincia. Resolvió, pues, continuar representando el papel de amigo, y dió orden de que fuesen presos los asesinos de Uriri. Como no se esperaban estos semejante cosa no fué difícil; apoderáronse de ellos de improviso, sin que intentasen por su parte la menor resistencia metiéndolos en prision y se propaló mucho que se iba á hacer su proceso, ejecutándose pronta y severa venganza por el crimen que habian cometido.

Todo esto podia ser muy cierto; así que los fugitivos se dejaron coger en el lazo. Como era notorio que al frente de los asesinos se encontraba el hermano de la jóvendocella ultrajada por Gaetano Vardarelli, creyóse generalmente entre la compañía que aquel asesino era el resultado de una venganza particular; de modo que cuando los desgraciados que se habian salvado vieron á sus asesinos presos y oyeron repetir por todas partes que su proceso se seguía con ardor, no se les ocurrió que el gobierno pudiese tener parte en aquella traicion. Por otro lado, aunque hubiesen concebido alguna sospecha, una carta que recibieron se la habria desvanecido; escribiéronles que el tratado de 6 de Julio se continuaba mirando como una cosa sagrada, les invitaban á elegir otros gefes en reemplazo de los que habian tenido la desgracia de perder.

Como este reemplazo era urgente, procedieron los Vardarelli inmediatamente al nombramiento de sus nuevos oficiales, y apenas terminaron la eleccion, pusieron en conocimiento del general que sus instrucciones estaban ejecutadas. Entonces recibieron una segunda carta, en que los convocaban á una revista en la ciudad de Foggia. Encargábales esta carta, entre otras cosas importantes, asistiesen todos cuantos eran, á fin de que no quedase

duda que las elecciones verificadas eran el resultado positivo de un escrutinio unánime é incontestable.

Suscitóse una prolongada discusion entre los Vardarelli leída aquella carta; la mayoría era de parecer de asistir á la revista; pero una insignificante minoría se oponía á aquella proposicion: segun esta, era un nuevo lazo tendido para esterminar á toda la compañía. Los Vardarelli tenia el derecho de eleccion entre sí; esto era incontestable, y por consiguiente no tenían ninguna necesidad de la sancion del gobierno; no podían, pues, convocarlos sino con alguna siniestra intencion. Este era al menos el parecerde ocho de ellos, y á pesar de las instancias de sus camaradas; reusaron estos ocho mas previsores ir á Foggia; el resto de la compañía, que se componía de treinta y un hombre y una mujer, que habia querido ir á acompañar á su marido, se encontraban en la plaza de la ciudad en el día y la hora indicada.

Era un domingo; la revista se habia anunciado solemnemente, de modo que la plaza pública estaba llena de curiosos. Entraron los Vardarelli en la ciudad con un órden perfecto, armados hasta los dientes, pero sin dar ninguna señal de hostilidad. Antes al contrario al llegar á la plaza levantaron sus sables, y con voz unánime dieron el grito de ¡viva el rey! Al oír aquel grito el general apareció en el balcon para saludar á los recién llegados; mientras el ayudante de campo de servicio bajaba para recibirlos.

Despues de muchas alabanzas sobre la belleza de sus caballos y el buen estado de sus armas, invitó el ayudante de campo á los Vardarelli á desfilar bajo el balcon del general, maniobra que ejecutaron con una precision, que hubiese hecho honor á tropas regurales. Luego, ejecutada aquella evolucion, volvieron á situarse en la plaza, donde elayudante de campo les dijo desmontaran y descansaran un

instante, mientras él llevaba al general la lista de los tres nuevos oficiales.

Acababa de entrar el ayudante en la casa de donde habia salido; los Vardarelli con la brida al brazo, estaban junto á sus caballos, cuando comenzó á circular entre la multitud un gran rumor; despues de aquel rumor se sucedieron gritos de espanto, y toda aquella masa de curiosos comenzó á moverse como una marejada. Por todas las calles que desembocaban á la plaza avanzaban en columnas cerradas tropas napolitanas. Los Vardarelli estaban cercados por todas partes.

Reconociendo la traicion de que eran victimas, montaron inmediatamente en sus caballos los Vardarelli y desvainaron sus sables, pero en el mismo instante, habiéndose quitado su sombrero el general, que era la señal convenida, el grito de ¡Al suelo! resonó; y obedeciendo todos los curiosos aquella orden cuya importancia conocian, se cruzó el fuego de los soldados por encima de sus cabezas, y nueve Vardarelli cayeron de sus caballos, muertos ó heridos mortalmente. Los que habian quedado con vida, comprendiendo que no debian esperar cuartel, se reunieron, echaron pié á tierra, y armados de sus carabinas, se abrieron paso batiéndose hasta las ruinas de un antiguo castillo, en donde se atrincheraron. Solo dos, contiendo en la veloidad de sus caballos, atravesaron con la cabeza baja atropellando el grupo de soldados que les pareció menos numeroso, y haciendo fuego á boca de jarro, aprovecharon la confusion que habia causado en las filas su descarga, de la que habian muerto dos hombres, para pasar á través de las bayonetas y escapar á uña de caballo. La mujer, tan feliz como ellos, debió la vida á la misma maniobra ejecutada por otro punto, y se alejó á galope tendido despues de disparar sus dos pistolas.

Reuniéronse entonces todos los esfuerzos contra los veinte Vardarelli restantes, los cuales, como hemos dicho

se habian refugiado á las ruinas de un antiguo castillo. Los soldados, animándose unos á otros, avanzaron creyendo que aquellos á quienes perseguian iban á disputarles su retirada; pero con gran asombro de todos, llegaron hasta la puerta sin haber hecho un solo disparo. Esta impunidad les envalentonó; atacaron la puerta con el hacha y la piqueta, y la puerta cedió; precipitáronse los soldados entonces en el patio del castillo, y se estendieron por las galerías recorriendo las habitaciones; pero con gran admiracion suya todo estaba desierto: los Vardarelli habian desaparecido.

Los invasores registraron por espacio de una hora todos los rincones y escondrijos de la antigua fortaleza; iban al fin á retirarse, convencidos de que los Vardarelli habian encontrado algun medio conocido solo de ellos, para ganar la montaña, cuando un soldado que se habia aproximado á la claraboya de una cueva y que se inclinaba para mirar á lo interior cayó atravesado de un balazo.

Los Varadelli estaban descubiertos; pero perseguirlos en su retirada no era cosa fácil. Así que se resolvió emplear un medio mas lento y mas seguro que el reducirlos por la fuerza; comenzaron por arrimar una gran peña á la claraboya. Sobre aquella piedra hacinaron todas las que pudieron encontrar; dejaron unos cuantos hombres con las armas preparadas para guardar aquella salida; luego dando un rodeo, comenzaron por arrimar haces de leña encendidas á la puerta de la cueva, que los Vardarelli habian cerrado por dentro, y sobre aquellos haces encendidos, toda la leña y las materiales combustibles que pudieron hallar, de modo que á muy poco no fué ya la escalera mas que un inmenso horno, y cediendo la puerta á la accion del fuego, se esparció el incendio como un torrente en el subterráneo donde los Vardarelli se habian refugiado. Sin embargo, todavía reinaba un profundo silencio en la cueva.

No tardaron en oírse dos detonaciones : eran dos hermanos que no queriendo caer vivos en manos de sus enemigos, se habian abrasado y descargado sus fusiles á quema-ropa uno sobre otro. Un instante despues se oyó otra esplosion : era un bandido que se arrojaba voluntariamente en medio de las llamas y cuya canana volaba. En fin, viendo los diez y siete bandidos restantes que ya no habia para ellos esperanza alguna de salvacion, y casi asfixiados, propusieron entregarse. Entonces desatascaron la claraboya, sacaron á unos despues de otros, y á medida que salian les ataban de piés y manos. Una carreta que llevaron en seguida trasportó á todos á las cárceles de la ciudad.

En cuanto á los ocho que no habian querido ir á Foggia y á los dos que se habian escapado, fueron cazados como fieras y ojeados de guarida en guarida. Unos fueron muertos ó perseguidos como gamos, otros fueron entregados por sus huéspedes; los demas se rindieron; de tal modo, que al cabo de un año todos los Vardarelli habian sido muertos ó hechos prisioneros.

Unicamente la mujer que se habia salvado con una pistola en cada mano, fué la que desapareció, sin que jamás se la haya vuelto á ver ni muerta ni viva.

Cuando el rey supo aquel acontecimiento, montó extraordinariamente en cólera; era la segunda vez que se violaba un tratado no firmado por él, pero hecho á su nombre. Por otra parte, sabia que la inexorable historia con-signa casi siempre los hechos sin tomarse el trabajo de investigar las causas, y que al contrario de lo que sucede en nuestros países, donde los ministros son los responsables de las faltas del rey, en el suyo es el rey el responsable de las faltas de sus ministros.

Pero se le repitió tanto y por tantas partes que era una accion digna de alabanza haber esterminado la infame raza de los Vardarelli, que concluyó por perdonar á los que de aquel modo habian abusado de su nombre.

Verdad es que poco tiempo despues acaeció la revolucion de 1820, que ocasionó otras consideraciones muy distintas que la de saber si se habia cumplido con mas ó menos exactitud un tratado acordado con bandidos. Por la tercera vez volvió á entrar el rey en la ciudad al cabo de dos años de ausencia, en medio de los gritos de alegria de su pueblo, que tan á menudo le espulsaba y que no podia vivir sin él.

Desgraciadamente para los napolitanos, esta tercera restauracion fué de cortísima duracion. En la noche del 3 de Enero de 1825, se acostó el rey despues de haber jugado su partida como acostumbraba y haber rezado sus habituales oraciones. Al dia siguiente, como todavia no hubiese llamado á las diez de la mañana, entraron en su cámara y le hallaron cadáver.

Al abrir su testamento, en el que recomendaba á su hijo Francisco continuase dando las limosnas que tenia él costumbre de hacer, se encontró que las limosnas ascendian á veinte y cuatro mil ducados anuales.

Habia vivido setenta y seis años y reinado sesenta y cinco; habia visto pasar durante su largo reinado tres generaciones, y á pesar de tres revoluciones y otras tantas restauraciones, murió el rey mas popular que Nápoles tuvo jamás.

Así que el pueblo buscó á la imprevista muerte de su querido rey una causa sobrenatural. Por otra parte, para hombres de imaginacion como lo son los napolitanos, nada es difícil de encontrar. He aquí lo que se descubrió :

El rey Fernando, como se ha podido ver, no estaba exento de ciertas preocupaciones. Hacia quince años se veia perseguido por el canónigo Ojori, quien le atormentaba por obtener una audiencia y presentarle no sé qué libro de cual era autor. Fernando se habia negado siempre, y á pesar de las instancias del pretendiente,

constantemente siempre se habia mantenido firme. Al fin, el 2 de Enero de 1825, vencido por las súplicas de todos los que le rodeaban, concedió para el día siguiente aquella audiencia tan largo tiempo negada. Por la mañana tuvo el rey intencion de partir para Caserta, y hacer recaer sobre una cacería, excusa que le parecía siempre valedera, la descortesía que se le pasaban ganas de hacer al buen canónigo; pero le disuadieron de ello: se quedó, pues, en Nápoles, recibió á don Ojori, el cual permaneció dos horas con él, y se separó dejándole su libro.

Como hemos referido, al día siguiente era cadáver el rey Fernando.

Los médicos declararon unánimemente que habia sido atacado de una apoplejía fulminante; pero el pueblo no lo creyó. La verdadera causa de su muerte, segun el pueblo, fué aquella audiencia que dió tan á disgusto al canónigo Ojori.

El canónigo Ojori era, con el príncipe de \*\*\*, el mas terrible *gettatore* de Nápoles. En el capítulo inmediato diremos lo que es la *gettatura*.

## XV

## LA GETTATURA

Nápoles, como todas las cosas humanas, sufre la influencia de una doble fuerza que rige su destino: tiene su genio malo que la persigue y su genio bueno que la protege; tiene su Arimanes que la amenaza y su Oromazes que la defiende, tiene su demonio que quiere perderla y su ángel que espera salvarla.

Su enemigo es la *gettatura*: su protector es San Genaro.

Si San Genaro no estuviera en el cielo, haria mucho tiempo que la *gettatura* hubiera anonadado á Nápoles: si la *gettatura* no existiera, hace largo tiempo que San Genaro hubiera hecho de Nápoles la reina del mundo.

Porque la *gettatura* no es una invencion de ayer; no se trata de una creencia de la edad media, ni de una su-